

Diario (fragmento)

Ana Frank



entrale@ilce.edu.mx



A fin de ser más clara, me explico mejor. Nadie podrá creer que una muchachita de trece años se encuentre sola en el mundo. Desde luego, no es totalmente exacto: tengo padres a quienes quiero mucho y una hermana de dieciséis años; tengo, en suma, una treintena de camaradas y, entre ellos, las llamadas amigas; tengo admiradores en abundancia que me siguen con la mirada, mientras que los que, en clase, están mal situados para verme, tratan de asir mi imagen con ayuda de un espejito de bolsillo. Tengo familia, amables tíos y tías, un hogar agradable. No, no me falta nada aparentemente, salvo la Amiga. Con mis camaradas, sólo puedo divertirme y nada más. Nunca llego a hablar con ellos más que de cosas sin importancia, inclusive con una de mis amigas, porque nos es imposible hacernos más íntimas; ahí está la dificultad. Esa falta de confianza es quizá mi verdadero defecto. De cualquier modo, me encuentro ante un hecho cumplido, y es bastante lastimoso no poder ignorarlo.

De ahí la razón de este Diario. A fin de evocar mejor la imagen que me forjo de una amiga largamente esperada, no quiero limitarme a simples hechos, como tantos hacen, sino que deseo que este Diario personifique a la Amiga. Y esta amiga se llamará Kitty.

Miércoles, 8 de julio de 1942.

Querida Kitty:

Me parece que han pasado años entre el domingo por la mañana y hoy. ¡Qué de acontecimientos! Como si el mundo entero se hubiera vuelto boca debajo de repente. Sin embargo, ya ves bien, Kitty, todavía vivo y, como dice papá, es lo principal.

Sí, en efecto, vivo todavía pero no me preguntes dónde ni cómo. Tú no comprendes nada de nada hoy, ¿verdad? Por eso me es necesario, primero contarte lo sucedido a partir del domingo por la tarde.

A las tres (Harry acababa de irse para volver más tarde), llamaron a nuestra puerta. Yo no lo oí, porque estaba leyendo en la terraza, perezosamente reclinada al sol en una mecedora. De pronto, Margot apareció por la puerta de la cocina, visiblemente turbada.

— Papá ha recibido una citación de las SS* —cuchicheó—. Mamá acaba de salir para ir a buscar al señor Van Daan.

(Van Daan es un colega de papá y amigo nuestro.)

Yo estaba aterrada: todo el mundo sabe qué significa una citación; vi surgir en mi imaginación los campos de concentración y las celdas solitarias. ¿Íbamos a dejar a papá partir hacia allí?

- Naturalmente, no se presentará —dijo Margot, mientras que ambas esperábamos en la alcoba el regreso de mamá.
- Mamá ha ido a casa de los Van Daan para saber si podemos habitar, desde mañana, nuestro escondite. Los Van Daan se ocultarán allí con nosotros. Seremos siete.

Silencio. Ya no podíamos pronunciar una palabra más, pensando en papá, que no sospechaba nada. Había ido a visitar a unos ancianos del hospicio judío. La espera, la tensión, el calor, todo eso nos obligó a callar.

De repente llamaron.

- Es Harry —dije yo.
- No abras —dijo Margot, reteníendome.

Pero no era necesario. Oímos a mamá y al señor Van Daan que hablaban con Harry antes de entrar y que luego cerraban la puerta detrás de ellos. A cada llamada del timbre, Margot o yo bajábamos muy sigilosamente, para ver si era papá. Nadie más debía ser recibido.

Van Daan quería hablar a solas con mamá, y Margot y yo nos vimos obligadas a dejar la habitación. En nuestro dormitorio, Margot me confesó que la citación no era para papá, sino para ella misma. Asustada de nuevo, empecé a llorar. Margot tiene dieciséis años. ¡Quieren, pues, dejar ir solas a muchachas de su edad! Afortunadamente, como mamá ha dicho, no iré. Papá, al hablarme de nuestro escondite, sin duda hacía alusión a esta eventualidad.

Ocultarse... ¿Adónde iríamos a ocultarnos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en una choza, cuándo, cómo, dónde...? Yo no podía formular estas preguntas que iban acudiéndome una a una. Margot y yo nos pusimos a empacar lo estrictamente necesario en nuestras maletas. Empecé por meter dentro este cuaderno, en seguida mis rizadoras, mis pañuelos, mis libros de clase, mis peines, viejas cartas. Estaba obstinada por la idea de nuestro escondite, y empaque las cosas más inconcebibles. No lo lamento, porque me interesan más los recuerdos que mis vestidos.

Por fin, a las cinco, papá regresó. Telefoneamos al señor Koophuis para preguntarle si podía venir a casa esa misma noche. Van Daan partió en busca de Miep. Miep está empleada en las oficinas de papá desde 1933, y es nuestra gran amiga, lo mismo que Henk, su flamante esposo.

Miep vino para llevarse una maleta llena de zapatos, de vestidos, de abrigos, de medias, de ropa interior, prometiendo volver por la noche. Luego se hizo la calma en nuestra vivienda. Ninguno de nosotros cuatro tenía ganas de comer, hacía calor y todo parecía extraño. Nuestra gran sala de primer piso había sido subalquilada a un tal señor Goudsmit, hombre divorciado, que pasaba de los treinta, que al parecer no tenía nada que hacer esa noche, porque no logramos librarnos de él antes de las diez; todas las buenas palabras para hacerle marchar antes habían resultado vanas. Miep y heno van Santen llegaron a las once, para volver a irse a media noche con medias, zapatos, libros y ropa interior, todo metido en una maleta de Miep y en los bolsillos profundos de Henk. Yo estaba extenuada, y, aun dándome cuenta de que era la última noche que iba a pasar en mi cama, me dormí inmediatamente. A la mañana siguiente, a las cinco y media, mamá me despertó. Por suerte, hacía un poco más de fresco que el domingo, gracias a una lluvia tibia que iba a persistir todo el día. Cada uno de nosotros se había vestido como para una expedición al Polo Norte, a fin de llevarse todas las ropas posibles. Ningún judío, en estas circunstancias, hubiera podido permitirse salir de su casa con una valija llena. Yo llevaba puestos dos camisas, tres calzones, un vestido, encima una falda, una chaqueta, un abrigo de verano, dos pares de medias, zapatos cerrados, una boina una bufanda y otras cosas más. Me ahogaba antes de partir, pero nadie se preocupaba de eso.

Margot, con su cartera llena de libros de clase, había sacado su bicicleta del depósito para seguir a Miep hacia el destino lejano y desconocido de nosotros dos. Yo seguía sin saber dónde quedaba el lugar misterioso de nuestro refugio. A las siete y media, cerramos la puerta de nuestra casa. El único ser viviente al que pude decir adiós fue Morito, mi gatito, que iba a encontrar buena guarida en casa de vecinos, según nuestra últimas instrucciones en una breve carta al señor Goudsmit.

Dejamos en la cocina algo de carne para el gato y la vajilla del desayuno; quitamos de las camas sábanas y frazadas, todo lo cual debía dar la impresión de una partida precipitada. Pero ¿qué nos importan las impresiones? Teníamos que irnos a todo trance, y se traba de llegar a buen puerto. Todo lo demás no contaba ya para nosotros.

La continuación, mañana.

Tuya

Ana

Jueves, 19 de octubre de 1942.

Querida Kitty:

Ayer tuve un miedo terrible. A las ocho sonó el timbre con persistencia. Sólo se me ocurrió una cosa: que eran ellos. Pero todo el mundo afirmó que sólo se trataba de pilletes o del cartero, y me tranquilicé.

El silencio aumenta alrededor nuestro de día en día. Lewin, un joven químico y farmacéutico judío, trabaja en la cocina de las oficinas para el señor Kraler. Conoce el edificio como su bolsillo; por eso tememos que un día se le ocurra subir a ver su antiguo laboratorio. Somos buenos como las imágenes de los altares. ¿Quién había podido sospechar, hace tres meses, que Ana-azogue sería capaz de quedarse inmóvil en una silla durante horas y horas, sin moverse?

[...]

Viernes, 9 de octubre de 1942.

Querida Kitty:

Hoy no tengo que anunciarte más que noticias deprimentes. Muchos de nuestros amigos judíos son poco a poco embarcados por la GESTAPO, que no anda con contemplaciones; son transportados en furgones de ganado a Westerbork, al gran campo para judíos, en Drente. Westerbork debe de ser una pesadilla; cientos y cientos están obligados a lavarse en un solo cuarto, y faltan los w.c. Duermen unos encima de los otros, amontonados en cualquier rincón. Hombres, mujeres y niños duermen juntos. De las costumbres, no hablemos; muchas mujeres y muchachas están en cinta.

Imposible huir. La mayoría está marcada por el cráneo afeitado, y otros, además, por su tipo de judío.

Si eso sucede ya en Holanda, ¿qué será en las regiones lejanas y bárbaras de las que Westerbork no es más que el vestíbulo? Nosotros no ignoramos que esas pobres gentes serán masacradas. La radio inglesa habla de cámara de gases. Después de todo, quizá sea la mejor manera de morir rápidamente. Eso me tiene enferma. Miep cuenta todos esos horrores de manera tan impresionante, que ella misma se siente convulsionada. Un ejemplo reciente: Miep ha

encontrado ante su puerta a una vieja judía paralítica, aguardando a la GESTAPO, que había ido a buscar un auto para transportarla. La pobre vieja se moría de miedo bajo los bombardeos de los aviones ingleses y temblaba viendo los haces luminosos cruzándose en el cielo como flechas. Miep no ha tenido el valor de hacerla entrar en su propia casa; nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Los alemanes prodigan los castigos.

Elli ha recibido también lo suyo: su novio tiene que partir para Alemania. Ella teme que los aviadores que vuelan sobre nuestras casas dejen caer su cargamento de bombas, a menudo de millares de kilos, sobre la cabeza de Dirk. Bromas tales como que “nunca tendremos mil” y “una sola bomba basta”, me parecen fuera de lugar. Ciertamente Dirk no es el único obligado a partir; todos los días hay trenes atestados de muchachos de ambos sexos destinados al trabajo obligatorio en Alemania. Cuando se detienen en el trayecto, en tal o cual cruce, algunos tratan de escapar; eso resulta a veces, pero en muy pequeña proporción.

Aún no he terminado con mi oración fúnebre. ¿Has oído hablar alguna vez de rehenes? Es su último invento para castigar a los sabotadores. La cosa más atroz que pueda imaginarse. Ciudadanos inocentes y absolutamente respetables son arrestados, y aguardan en la cárcel su condena. Si el sabotador no aparece, la GESTAPO** fusila a cinco rehenes sin más rodeos. Los diarios publican a menudo los anuncios de defunción de esos hombres, ¡bajo el título de “accidente fatal”! ¡Hermoso pueblo los alemanes! ¡Y decir que yo pertenecía a él! Pero no, hace mucho tiempo que Hitler nos hizo apátridas. Por lo demás, no hay enemigos más grandes que los alemanes y los judíos.

* SS – Guardia de seguridad.

** Gestapo – Policía secreta.

Ana Frank, *Diario*, Ed. Hemisferio: Buenos Aires, 1988.